

Defender a Japón del japonismo

Juan Masiá Clavel *

COINCIDIENDO con el aniversario de Pearl Harbour los comentarios de prensa aludían al tema del japonismo: remilitarización de Japón, invasión turística de Hawaii, conquista bursátil de Occidente, la espada del samurai sustituida por videos y semiconductores, Japón como número uno en un hipotético orden mundial del siglo XXI, etc., eran los estereotipos ya conocidos. Más importancia merece la noticia del uso por parte del primer ministro japonés de las palabras «remordimiento» y «responsabilidad» para lamentar las desgracias de la Segunda Guerra Mundial.

Es cierto que el contexto está lleno de ambigüedades. Un parlamento japonés que no acaba de decidirse en favor de una declaración sobre la responsabilidad en la guerra pasada, una manera de hablar Bush en Pearl Harbour el día anterior evitando herir a Japón y sin guardar rencor, un interés japonés en que la frase de Baker en Alemania —«de Vancouver a Vladivostov»— se convierta paradójicamente en emblema de un bloque transpacífico en vez de transatlántico y europeo... También es ambigua la exigencia norteamericana, a lo largo del último año, de una mayor implicación japonesa en defensa internacional, aunque sea con simbólicos dragaminas y cascos azules. Bien conoce Washington sin decirlo el papel de

* Profesor de Antropología en la Universidad Comillas. Madrid. Ex profesor de Ética en la Universidad Sophia. Tokyo. Japón.

los yenes y de la tecnología japonesa en las operaciones de «bombardeo quirúrgico» durante la guerra del Golfo.

En todo caso, palabras como remordimiento y responsabilidad son una terminología hasta hoy inusitada en labios oficiales del gobierno japonés. Las usaba la oposición, y las habían usado en 1979 los obispos católicos de cara a las conferencias episcopales asiáticas, pero en boca de un primer ministro llama notablemente la atención. Me parece importante destacarlo, ya que nos puede ayudar a defender a Japón del japonismo. Aunque resulta paradójico el contexto, ya que Estados Unidos, mientras ve cómo se debilita Europa y cómo se desintegra la Unión Soviética, corteja al país del otro lado del Pacífico y parece admirar, más o menos confesadamente, el japonismo, que critica por otro lado al sentirse comercialmente invadido.

Entre la admiración y el miedo

SE ha hablado de dos síndromes en el modo de referirse a Japón en los medios de comunicación durante la última década: el síndrome del miedo a Japón (el llamado en inglés «beware-from-Japan-syndrome») y el de la admiración (el «learn-from-Japan-syndrome»). Unos ven en Japón el amenazador número uno de quien habría que defenderse y otros el ideal remedio que imitar para transformar la competitividad de nuestras empresas occidentales. Cuando sobre esta imagen de «Japón como número uno» se monta la de «Japón es diferente», haciendo del enfoque culturalista un instrumento para mostrar lo único, exclusivo y peculiar del país del sol naciente, el mito del japonismo se convierte en arma ideológica en forma de la llamada «Japonología». Una alternativa a estos enfoques consiste en hablar del japonismo, no para temerlo ni para admirarlo, sino para colaborar con los japoneses —quiero decir, con el pueblo japonés...— en defender a Japón del japonismo.

El 4 y 5 del pasado diciembre tenía lugar en Madrid, dentro del programa de las Semanas Japonesas, un seminario sobre Japón en la sociedad internacional. Bajo el patrocinio de la Embajada de Japón, la Universidad Complutense y el Instituto de Japonología, concurrían interdisciplinariamente personalidades del mundo de la empresa y de la universidad, de la administración y la diplomacia, así como una nutrida representación de las nuevas generaciones de estudiantes que se interesan en conocer Japón. Para los que hemos vivido mucho tiempo en aquel país y hemos experimentado en cada retorno a España el contraste entre lo que se sabe de España en Japón y lo poco que se conoce a Japón en España, era alentador el ambiente de este seminario, por contraste con la situación hasta no hace mucho. Sin embargo, se notaba en las intervenciones dos énfasis en el modo de

hablar del papel de Japón hoy día que requieren una puntualización crítica. Precisaré que no es la finalidad de esta nota el hacer una crónica de dicho seminario y que, con una sola excepción, por la relación que tiene con el tema del japonismo, no voy a citar explícitamente ninguna de las ponencias. La puntualización crítica que hago se refiere, más que a los ponentes, al modo como el público en general parece estar acostumbrado a reaccionar ante las presentaciones de lo japonés en nuestros medios de difusión.

En las intervenciones de los profesores japoneses era inevitable que se percibiera cierto tono apologético, quizás por verse en la tesitura de tener que aclarar los presuntos aspectos de Japón mal comprendidos por los extranjeros. En las intervenciones de los españoles, por su parte, era natural que pesara bastante la preocupación político-estratégica y la económico-financiera: el interés en subrayar el papel que se espera juegue Japón en un nuevo equilibrio internacional interesa más a la administración pública y la diplomacia, mientras que los economistas y empresarios detectan los puntos cuestionables de la actividad comercial y bursátil de Japón a la vez que, paradójicamente, no dejan de insistir en atraer hacia el propio país las inversiones niponas.

A mí me da que pensar la reacción, tal y como se podía palpar en preguntas y comentarios, por parte del público en general. Desde el punto de vista de los que tienen un conocimiento más vago del Japón, los dos tipos de intervenciones japonesas y españolas a que me he referido —en ponencias, ciertamente, documentadas y serias— se recibían, a mi parecer, de un modo más superficial de lo que habrían deseado sus autores. Servían así para consolidar los dos estereotipos arriba aludidos: el del «Japón número uno» peligroso y el del «Japón diferente» e incomprensible. Las estadísticas que se nos ofrecían sobre estrategias de mercado invitaban a pensar en el fantasma del japonismo empresarial y la presentación que se nos hacía del pabellón de la Expo 92 hacía pensar en el japonismo cultural. Ambos requieren su dosis de desmitificación.

Japón, desconocido y lejano

EL peligro de la Japonología es la ideología. Cuando se insiste demasiado en la exclusiva peculiaridad nacional se acaba por creer que Japón está como determinado culturalmente a no poder cambiar ni ser de otra manera de como fue en el pasado. Cuando los estudios de crítica de la cultura o de la sociedad se salen de la serenidad que debería tener la sociología para caer en ideologías, como ha pasado tan a menudo con la llamada Japonología, se acaba por cerrar la puerta para que individuos y pueblos se abran a nuevas opciones al decidir su futuro.

Una vía de comprensión alternativa se abría con ponencias como la de María Dolores Rodríguez de Alisal, sobre el sentido del verbo trabajar en japonés y la conjunción tradicional de lo artesano con lo artístico. Sin caer en el enfoque culturalista, ni hacer ideología de la peculiaridad japonesa, apuntaba la necesidad de más sociología, acompañada de más experiencia directa de trato y encuentro intercultural a nivel de pueblos. Por ahí se abre una vía alternativa para la comprensión de Japón, que no es ni la del exotismo cultural ni la del milagro económico. Por desgracia, no hubo tiempo para profundizar esta línea en la mesa redonda que resumió el seminario.

Una impresión parecida me produce la lectura del número monográfico que la revista *Política Exterior* dedicó a Japón el pasado agosto. También en él aparece la preocupación dominante por las inversiones japonesas, de un lado, y el recuerdo de la peculiaridad cultural tradicional, por otro. Observaciones ambas atinadas y documentadas, pero que son arma de doble filo al exagerarse. Un contrapunto a este peligro lo presenta el excelente artículo de A. Silva Castro, en ese mismo número, «Algunas claves para acercarse a la sociedad japonesa». Evitando las simplificaciones economicistas y culturalistas, aporta este autor, con bisturí de sociólogo, unas matizaciones muy precisas, tanto para comparar a Japón con otras sociedades, como para interpretar correctamente lo específico japonés sin mitificarlo. No es corriente este planteamiento de «aunar los dos Japones», sin idolatrar al gigante económico y sin negar ni mitificar la peculiaridad cultural. Por eso me resulta especialmente importante el subrayarlo, por contraste con lo que echaba de menos en las discusiones del citado seminario.

En una línea semejante quisiera citar y presentar aquí una obra cuya traducción castellana merecería recomendarse y acelerarse: la de Karl van Wolferen, *The Enigma of Japanese Power* (El enigma del poder en Japón. London, MacMillan, 1989). Aunque a muchos les ha parecido antijaponés es una obra que podemos leer con cariño a Japón los que pensamos que hay que defender a un pueblo del japonismo, ya sea del de sus gobiernos o del japonismo proyectado sobre él desde occidente. Es una obra que puede contribuir a un mejor análisis de la sociedad japonesa, así como a ayudar al encuentro con Japón y a aprender de él, pero sin caer en el japonismo. Valdrá para ayudarnos a defender a Japón del japonismo y a defender a Occidente de la seducción del japonismo como espejismo de Japón.

Nación sin Estado

LA tesis de este autor es que los japoneses no son tan diferentes como se los presenta, pero sí es bastante diferente la manera

de ser gobernados. En la que él llama pirámide truncada o nación sin estado y política sin cabeza funciona un totalitarismo del sistema o del aparato, en el que no hay una cabeza liderante o un cerebro gris planificador, sino un conjunto que se autoperpetúa y autodefende. Llevaría mucho más lejos de esta breve nota el comentarlo y lo dejo para un estudio más detallado, pero merece subrayarse la importancia del tema, ya que tanto el peligro del japonismo para Japón como el atractivo seductor que presenta el japonismo para los occidentales merecen un toque de atención en estos momentos en que estamos viviendo los desencantos del socialismo del Este y el cuestionamiento de los neocapitalismos del Oeste.

Wolferen ha estudiado en esta obra el modo como en Japón se ejerce el poder. Aunque no pretende dar una visión de toda la cultura y la vida social en ese país, de hecho, nada menos que todo eso queda implicado en una obra que ataca de frente el problema de la que él llama en su tesis «una nación sin estado». Sin caer en el tipicismo, tan corriente en los escritos sobre Japón, nos avisa el autor de que muchos de los rasgos de su descripción son, en realidad, fenómenos de la condición humana que resaltan de modo especial en Japón. Así nos ayuda a reflexionar con ocasión de Japón, sobre nuestras respectivas sociedades. Traducido a la doble propuesta que ha motivado esta nota: nos ayuda a denunciar el japonismo para defender de él al mismo Japón y para defender a Occidente de la tentación de imitarlo.

En contra de la frecuente insistencia en que Japón es diferente, Wolferen insiste en que la mayor diferencia está en la manera de ser gobernado un pueblo, que no es, por otra parte, tan exageradamente diferente como se cree. Al explicar la ya conocida vinculación entre la burocracia, el mundo empresarial y el partido en el gobierno, Wolferen puntualiza que es la burocracia administrativa la que, ostentando el máximo poder, aparenta no tenerlo. Desde este análisis critica el autor algunos estereotipos tan extendidos como el del presunto consenso democrático japonés o el de su cohesión y armonía social exenta de conflictos. Concluye diciendo que los problemas de Japón en las relaciones internacionales no son culpa de mala voluntad japonesa, sino de las limitaciones de su sistema político y las estructuras del poder. Diríamos que su causa está en el japonismo, del que la primera víctima serían los japoneses.

La religión del japonismo

LA palabra japonismo se usó en su tiempo para referirse a algunos comportamientos del Japón de preguerra y en la última década (desde el best seller anónimo «Japoneses y judíos») ha servido para designar la cuasi-religión que absolutiza el espíritu nacional japonés. Es una expresión que podría servir, a juicio de Wolferen, para describir aspectos del Sistema (con mayús-

cula) que gobierna a Japón hoy y al que se rodea de una cultura política de sumisión cuasi-religiosa. Es un tabú analizar el sistema como lo sería analizar lo divino. El sistema, la empresa, la sociedad en su conjunto y modo de funcionar se convierten en algo intocable.

El famoso espíritu de sumisión al grupo, que suele exaltarse como algo tan propio de los japoneses, es, sigue notando el autor, el resultado de arreglos políticos injertados conscientemente como ideología en esta sociedad por parte de la elite gobernante desde hace más de tres siglos. Por otra parte, el poder que sistemáticamente suprime el individualismo en Japón no emana de un régimen central fuerte. Es como una especie de dictadura sin dictador ni rostro dictatorial. Cuando uno de los poderes que se equilibran mutuamente comienza a parecer demasiado fuerte, es controlado por los demás, según el principio de que al clavo que sobresale se le remacha. Hay jerarquía en todo, pero no hay nada en lo alto de la pirámide trunca. Y en cuanto al símbolo imperial en lo alto, es como un «agujero negro». Cuando entraba McArthur con las tropas de ocupación creía equivocadamente que iba a encontrar los restos desmantelados de un sistema como el de Hitler, pero no había tal cosa. Su intuición de conservar el símbolo imperial en la postguerra, sin procesar al Emperador, ayudó a mantener el conjunto social sin derrumbarse. Y sutilmente fue al poco tiempo volviendo a sus puestos la vieja guardia burocrática del aparato.

A los japoneses se les ha inculcado que su cultura es única y exclusiva y que sólo puede ser comprendida por los japoneses. También se les ha imbuido la mentalidad de que la docilidad y lealtad socio-políticas son la máxima virtud. Todo eso está latente en el japonismo actual. Pero, contra lo que suele creerse a menudo, no es un Japón tan distinto al de preguerra el del mal llamado milagro de postguerra. Wolferen muestra en su libro la continuidad entre la elite y nomenclatura dirigente de hoy, la del nacionalismo sintoísta de preguerra y la que se remonta a los días de los Tokugawa en el siglo XVII. Esta es quizás la tesis más audaz, y también más documentada, de la obra. Merecerá un estudio aparte. Aquí nos interesa por lo que supone para esta reflexión sobre el japonismo. En vez de temer el peligro de un Japón número uno y diferente, dirigido por no se qué especie de fantasma cuasi-hitleriano en versión oriental, la realidad sería, con palabras de Wolferen, que «el problema hoy estriba en que Japón se ve arrastrado forzosamente en una dirección por falta de un mecanismo para proponer prioridades y cambiar de rumbo». Así como el ataque a Pearl Harbour no fue el resultado de un liderazgo capaz de planificar a largo plazo, sino la consecuencia suicida de su carencia, tampoco hay ahora un plano japonés de conquista del mundo. La tragedia del japonismo estriba precisamente en lograr el máximo rango de operatividad, velocidad y efectividad con el mínimo de control del rumbo, en no saber del todo adónde va y para qué.

Dejando para otra ocasión ese comentario, quisiera terminar citando a O-Young Lee, novelista coreano y profesor de Literatura, que termina su ensayo sobre Japón (*Smaller is beautiful*, 1982) dando a los japoneses un consejo que sintoniza con el título emblemático de esta nota, en la que hemos intentado defender a Japón del japonismo.

Dice así el autor coreano: «La victoria por la espada lleva consigo inevitablemente derramamiento de sangre y la derrota de alguien. La victoria por el ábaco y la calculadora significa ganancia, pero siempre a costa de la pérdida y sufrimiento de alguien. Si la victoria es con la cítara, todos salimos ganando».